

• • • Isaías 38 • • •

LA ENFERMEDAD DE EZEQUÍAS

Como se afirmó anteriormente, los eventos de los capítulos 38 al 39, o son contemporáneos de los referidos en los capítulos 36 y 37, o más probablemente, sucedieron antes que estos. Edward J. Young dijo: «Este capítulo y el siguiente sirven de transición para presentar la última porción de la profecía (los capítulos 40 al 66)».¹

EL REY RUEGA AL SEÑOR (38.1–8)

La oración (38.1–3)

¹En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías hijo de Amoz, y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás. ²Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración a Jehová, ³y dijo: Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos. Y lloró Ezequías con gran lloro.

La expresión «En aquellos días» (vers.º 1) hace que el tiempo de la enfermedad mortal de Ezequías quede indefinido. Aparentemente sucedió aproximadamente un año antes de los eventos de los capítulos 36 y 37. «Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás». Todos podríamos desear que se nos dé tiempo para ordenar las cosas antes de morir. En los tiempos bíblicos, esto incluía arreglos finales y un testamento oral.²

«Entonces volvió Ezequías [...] hizo oración a Jehová, y dijo: Oh Jehová, te ruego que te acuerdes

ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos» (vers.ºs 2–3). ¡Qué maravilloso sería que todos pudiéramos decir estas palabras cuando nos encontremos ante la muerte! Ezequías no estaba afirmando que no había cometido pecado (vers.º 17); sin embargo, como Reyes y Crónicas lo confirman, estaba hablando la verdad. La expresión «con íntegro corazón» (עִלְבֹּן שֵׁלֶם, *ubeleb shalem*) significa lealtad total.

La respuesta (38.4–6)

⁴Entonces vino palabra de Jehová a Isaías, diciendo: ⁵Ve y di a Ezequías: Jehová Dios de David tu padre dice así: He oído tu oración, y visto tus lágrimas; he aquí que yo añado a tus días quince años. ⁶Y te libraré a ti y a esta ciudad, de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé.

Evidentemente, Ezequías había pedido una vida más larga. Eran solamente cuarenta y seis años los que tenía cuando contrajo esta enfermedad. Dios contestó su petición. Le ordenó a Isaías decirle al rey: «... he aquí que yo añado a tus días quince años» (vers.ºs 4–5). Considere lo que usted haría si supiera que tiene quince años para llevarlo a cabo. Moisés oró diciendo: «Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (Salmos 90.12). Pablo amonestó, diciendo: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor» (Efesios 5.15–17). El Señor también garantizó a Ezequías que él y Jerusalén serían librados de la crisis del momento. Prometió defender Su ciudad

¹Edward J. Young, *The Book of Isaiah (El libro de Isaías)*, vol. 2, The New International Commentary on the Old Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1969), 507.

²Vea el ejemplo de Jacob en Génesis 48; 49.

(vers.º 6).

La señal de confirmación (38.7–8)

⁷Y esto te será señal de parte de Jehová, que Jehová hará esto que ha dicho: ⁸He aquí yo haré volver la sombra por los grados que ha descendido con el sol, en el reloj de Acáz, diez grados atrás. Y volvió el sol diez grados atrás, por los cuales había ya descendido.

Segundo de Reyes 20.8 nos informa de que Ezequías le pidió una señal al Señor para confirmar que sería sanado. Isaías 38.7 indica que una señal había de ser dada, sin embargo, la petición del rey no se hace notar sino hasta en el versículo 22.

La expresión «el reloj de Acáz»³, se refiere al reloj construido por el padre de Ezequías, que estaba en el palacio del rey donde Ezequías podía verlo. «Y volvió el sol diez grados atrás» (vers.º 8). No se nos dice cómo se llevó a cabo este milagro, sin embargo, por él se confirmó la palabra del profeta proveniente del Señor. (Para información adicional, vea 2º Reyes 20.10–11.)

EL SALMO DE AGRADECIMIENTO DEL REY (38.9–22)

⁹Escritura de Ezequías rey de Judá, de cuando enfermó y sanó de su enfermedad: ¹⁰Yo dije: A la mitad de mis días iré a las puertas del Seol; privado soy del resto de mis años. ¹¹Dije: No veré a JAH, a JAH en la tierra de los vivientes; ya no veré más hombre con los moradores del mundo. ¹²Mi morada ha sido movida y traspasada de mí, como tienda de pastor. Como tejedor corté mi vida; me cortará con la enfermedad; me consumirás entre el día y la noche. ¹³Contaba yo hasta la mañana. Como un león molió todos mis huesos; de la mañana a la noche me acabarás. ¹⁴Como la grulla y como la golondrina me quejaba; gemía como la paloma; alzaba en alto mis ojos. Jehová, violencia padezco; fortaléceme.

El rey hizo memoria por escrito de su angustia al encarar la muerte a una temprana edad (vers.º 9). «A la mitad de mis días» (vers.º 10) se refiere a «en la flor de la vida» (vea la NIV). Los versículos 11 al 14 contienen varios símiles que describen la fragilidad de la vida, a saber: la tienda de un pastor, el telar del tejedor, un león hambriento y la paloma que gime. La tienda de un pastor es una morada temporal. La lanzadera del tejedor se mueve rápidamente por el telar. Un león hambriento devora su presa rápidamente. Una paloma que gime constituía

un símbolo de sufrimiento. Estas «imágenes de angustia»⁴ ilustran que la vida es fugaz. «Jehová, violencia padezco; fortaléceme», escribió Ezequías (vers.º 14). El rey, al igual que el patriarca Job, recurrió al Señor como su única esperanza.

¹⁵¿Qué diré? El que me lo dijo, él mismo lo ha hecho. Andaré humildemente todos mis años, a causa de aquella amargura de mi alma. ¹⁶Oh Señor, por todas estas cosas los hombres vivirán, y en todas ellas está la vida de mi espíritu; pues tú me restablecerás, y harás que viva. ¹⁷He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados. ¹⁸Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. ¹⁹El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos. ²⁰Jehová me salvará; por tanto cantaremos nuestros cánticos en la casa de Jehová todos los días de nuestra vida.

Reconociendo que debía doblegarse ante la voluntad del Señor, Ezequías dijo: «... él mismo lo ha hecho» (vers.º 15). El rey reconoció que el Señor le había concedido su petición.

También dijo Ezequías «... por todas estas cosas los hombres vivirán» (vers.º 16). ¿Qué cosas? ¿Acaso se refería a experiencias como la enfermedad por la cual recientemente había pasado? ¿Fue esta una referencia a la totalidad de las experiencias de la vida? ¿Estaba el rey mirando atrás hacia la providencia de Dios manifestada en su vida? Alguna vez alguien dijo que nosotros vemos y entendemos la obra de Dios en nuestras vidas solamente en retrospectiva. Ciertamente, así fue para José, quien se llegó a dar cuenta de que los terribles eventos en su vida habían resultado en bien (Génesis 50.15–21).

Ezequías continuó diciendo: «... echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (vers.º 17). La anterior es una imagen en la que se presenta a Dios borrando de Su mente los pecados de los penitentes. El Señor había acusado anteriormente al rey Joroboam de echar a Dios tras sus espaldas (1º Reyes 14.9). En Ezequiel 23.35, la misma idea es expresada en paralelo con la declaración que dice: «Por cuanto te has olvidado de mí». Cuando el Señor echa nuestros pecados tras Sus espaldas, los perdona y los olvida.

Ezequías se lamentó, diciendo: «... ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad» (vers.º 18). Como cristianos que somos, sabemos que es

³ N. del T.: Algunas versiones, como la del autor, consiguran: «las gradas de Acáz», en lugar de: «el reloj de Acáz».

⁴ J. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah: An Introduction & Commentary (La profecía de Isaías: Introducción y comentario)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1993), 293.

precisamente después del sepulcro que nuestra esperanza por medio de Jesucristo se realiza. Lo que era conocido tan solo oscuramente por los que vivieron antes de Cristo, es ahora conocido completamente por medio del poder de Su resurrección. ¡Gracias a Dios por Su inefable don! (Vea 2ª Corintios 9.15.)

Ezequías les contaría a sus «hijos» de su milagrosa recuperación. También, alabaría a Dios en «la casa de Jehová», esto es, la adoración pública del templo (vers.º 20).

²¹Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos, y pónganla en la llaga, y sanará. ²²Había asimismo dicho Ezequías: ¿Qué señal tendré de que subiré a la casa de Jehová?

Junto a la promesa de recuperación que hizo Dios, llegaron algunas instrucciones para la curación. Isaías declaró que habían de aplicarse higos en la llaga de Ezequías. El uso de higos en la curación es notorio en textos medicinales de la antigüedad (vea 2º Reyes 20.7). El versículo 22 habla de la petición que hizo Ezequías de la señal mencionada en el versículo 7, afirmando que sería sanado.

PREDICACIÓN DEL TEXTO

ORAR DE CARA A LA MUERTE (Capítulo 38)

A Ezequías se le dijo que iba a morir. Este capítulo comienza diciendo: «En aquellos días Ezequías enfermó de muerte. Y vino a él el profeta Isaías [...] y le dijo: Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás» (vers.º 1). Ezequías respondió inmediatamente al llamado de la muerte con oración. Mientras que el rey yacía en cama, volvió su rostro hacia la pared, sacando todo de su mente, excepto a Dios. Oró diciendo: «Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos» (vers.º 3).

Esta pesadilla en la vida de Ezequías hace aflorar una pregunta sumamente importante: «¿Cómo ora usted ante su muerte?». Usando la experiencia de Ezequías, respondamos la pregunta.

Aun en una situación así, debemos orar con fe en el poder de Dios. Dios es todopoderoso y puede encargarse de cualquier dificultad que podamos encarar. Nada es demasiado difícil para Él. No hay enfermedad que sea demasiado grande para Su poder; ningún dolor es tan terrible que Él no pueda quitar. Cuando se le dijo de su condición,

Ezequías supo qué hacer. Oró inmediatamente a Dios, creyendo que Dios podía hacer algo. Debemos tener la misma clase de fe.

Este momento triste fue uno de los más estresantes de la vida de Ezequías. En el canto de agradecimiento que escribió después de la prueba, mencionó que había llorado toda la noche. Dijo: «Como la grulla y como la golondrina me quejaba; gemía como la paloma; alzaba en alto mis ojos» (vers.º 14). En su gran tragedia, elevó su corazón a Dios y se concentró en el poder de Este.

Además, necesitamos orar con confianza en la bondad de Dios. No importa cuán horribles sea la situación que nos rodee, sabemos que Dios es bueno y ama a Sus hijos. Pablo escribió lo siguiente: «Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8.38–39). Una verdad que siempre podemos apretar contra nuestros corazones, aun en la noche más oscura, es que Dios colmará a Sus siervos fieles con Su gracia y Su amor.

Recordemos, no obstante, orar con resignación a la voluntad de Dios. Lo único que le quedaba a Ezequías solamente, era orar y dejarle el problema a Dios. De conformidad con Su voluntad en este caso, Dios le dio a Ezequías quince años más de vida. La bendición que se le dio a Ezequías hizo que este irrumpiera en un hermoso canto de acción de gracias (vers.ºs 10–20).

La voluntad de Dios no le permitió a Dios responderle de la misma manera a Jesús. Aquella noche oscura, cuando nuestro Salvador pidió con gran clamor y lágrimas (Hebreos 5.7) que Dios lo librara, Dios tuvo que decirle que no, sin embargo, le dio fuerzas para que soportara la adversidad. Oró diciendo: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mateo 26.39b). Haberle concedido Su petición, hubiera significado negarnos nuestra petición de salvación.

Puede que a veces Dios tenga que negarnos nuestras peticiones, sin embargo, lo hace solamente debido a que Su voluntad es más alta que la nuestra. Si Dios nos responde negativamente, debemos recordar esta verdad: Cuando nos resignamos a la voluntad de Dios, nos estamos resignando a lo que es mejor para nosotros y para todos los que están relacionados con nosotros. Su voluntad es el bien supremo, sea así lo percibamos o no en ese momento. Puede que no entendamos la totalidad de esta verdad ahora, sin embargo, más adelante la entenderemos. Podemos orar con confianza, sa-

biendo que Dios cumplirá su voluntad en nosotros y que el cumplimiento de Su voluntad es lo más grandioso que Dios puede hacer por nosotros.

Aun en un momento tan difícil, recordemos orar con acción de gracias por lo que Dios ha hecho. Si realmente pensamos en ello, nos daremos cuenta de que Dios ha sido misericordioso con nosotros y que lo ha sido de innumerables maneras. Pablo dijo: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1ª Tesalonicenses 5.18). Todas nuestras peticiones, las grandes y las pequeñas, deben presentarse a Dios con una actitud de agradecimiento. Pablo dijo: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que

sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4.6–7).

Uno de los mejores momentos de Ezequías fue cuando oró como lo hizo de cara a la muerte. Que se nos diga que la muerte es inminente podría ser lo peor que nos puede suceder. No obstante, durante ese momento, tenemos la oportunidad de demostrar nuestra fe en Dios, como no la tendríamos en otra ocasión. Debemos orar confiando en Su gran poder, conscientes de Su bondad, agradecidos por todo lo que Él ha hecho y resignándonos a su voluntad perfecta. Cuando así lo hacemos, proyectamos un cuadro de fe con el brillo más resplandeciente en uno de los momentos más oscuros de la vida.

Eddie Cloer

«ECHASTE TRAS TUS ESPALDAS TODOS MIS PECADOS»

Ezequías enfermó, e Isaías le dijo que moriría. No obstante, él oró a Dios y se le concedieron quince años más de vida (Isaías 38.1–5). Después de su sanidad, el rey escribió un poema de alabanza (38.15–20). Agradeció a Dios por salvarlo y añadió diciendo: «... echaste tras tus espaldas todos mis pecados» (38.17).

Puede que Dios no nos dé quince años más de vida sobre la tierra; pero si vivimos como cristianos fieles, Él echará todos nuestros pecados tras Sus espaldas. Es imposible que un Dios santo y justo pase por alto el pecado; por lo tanto, ha hecho posible que nuestros pecados sean quitados, al hacernos «santos y sin mancha delante de él» (Efesios 1.4). Juan escribió que Cristo «apareció para quitar nuestros pecados» (1ª Juan 3.5).

Para que nuestros pecados sean quitados, debemos obedecer el evangelio, esto es «las buenas nuevas», porque es el poder de Dios para salvación (Romanos 1.16). Pablo definió el evangelio como el mensaje de Dios que dice que «Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras» (1ª Corintios 15.3–4). ¿Cómo hemos de obedecer un mensaje así?

En primer lugar, debemos oírlo (Romanos

10.14–17). Pedro dijo que se oyera «la palabra del evangelio y [que creyeran]» (Hechos 15.7). Jesús mismo dijo: «... arrepentíos, y creed en el evangelio» (Marcos 1.15b).

A lo largo de toda la Biblia, los profetas de Dios y los predicadores han llamado a las personas al arrepentimiento. Jesús dijo: «Os digo [...] si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lucas 13.3). Arrepentirse es renunciar a la vida pecaminosa y volverse a Dios (vea Hechos 26.20).

Cuando llegamos a creer que Cristo murió por nuestros pecados y que resucitó, hemos de confesar nuestra fe (Romanos 10.9–10). Jesús dijo: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 10.32).

Cuando hemos dado los anteriores pasos, estamos preparados para que nuestros pecados sean lavados. Para que nuestros pecados sean lavados, debemos bautizarnos, esto es, sumergirnos en agua (Hechos 2.38; 22.16). En el bautismo, somos sepultados y resucitados con Cristo (Colosenses 2.12). Después, podremos decir al igual que Ezequías: «... echaste tras tus espaldas todos mis pecados». Cuanto está lejos oriente de occidente, así alejará de nosotros nuestras rebeliones (vea Salmos 103.12).

Autor: Don Shackelford

©Copyright 2004, 2009, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados